



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13330

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

De la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 25 DE ABRIL DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN EUROPA

La ley sobre la educación en Inglaterra

El ministro de Instrucción pública, señor Birrell, ha presentado á la Cámara de diputados una nueva ley sobre la educación.

Desde 1870 las escuelas primarias en Inglaterra pueden ser clasificadas en dos categorías: las escuelas oficiales, dependientes de los Consejos escolares, y las «voluntary», escuelas libres, subvencionadas por las iglesias y sometidas á la dirección de un clérigo. Las últimas recibían recursos del Estado, pero no se beneficiaban del impuesto comunal como las escuelas oficiales.

En las libres, la enseñanza religiosa no era facultativa, sino obligatoria, y el fanatismo de la iglesia anglicana ocupa la plaza de honor.

En 1902 había en Inglaterra 14.294 escuelas libres, que instrúan 3.200.000 niños, mientras que las escuelas oficiales no tenían más que 2.600.000 alumnos.

El régimen establecido en 1870 por la ley Forster no había sido más que una lucha encarnizada entre conservadores anglicanos y liberales, y la iglesia anglicana había conservado, á pesar de todo, un privilegio importante, pues que en 1902 en 8.000 municipalidades inglesas no había otra escuela primaria más que la anglicana, á la que los no conformistas se encontraban en la obligación de obligar á sus hijos.

El Gobierno Balfour destruyó en 1902 la obra de 1870, añadiendo nuevos privilegios á las escuelas libres, suprimiendo los consejos escolares de las escuelas oficiales y colocando la instrucción primaria oficial bajo la dirección de consejos de condado, generalmente compuestos de propietarios rurales, conservadores y anglicanos.

La ley de 1902 acordaba á las escuelas confesionales el beneficio de un impuesto comunal especial. Esta legislación, tan abiertamente á la dominación de la alta Iglesia sobre la educación primaria, provocó un movimiento considerable de opinión.

La protesta de los liberales no conformistas se manifestó por una resistencia pasiva sin precedente.

Los protestantes, en número de muchas decenas de millares, rehusaron pagar el impuesto y se hicieron emis bargar, vender ó condenar á prisión antes que ayudar á sostener con su dinero escuelas confesionales en las que se enseñaba un credo diferente del suyo.

Lo agudo de la crisis, las lamentables escenas á las cuales dió lugar, favorecieron una activa campaña en favor de la separación de las iglesias y del Estado.

Al llegar al poder Campbell Bannerman tentó necesariamente que inscribir á la cabeza de su programa la revisión de la ley de 1902, y de aquí presentado en la semana pasada á la Cámara por el ministro de Instrucción pública, M. Birrell.

Sus fines principales son la supresión de las escuelas voluntarias, el nombramiento de todos los directores de escuelas primarias por comités elegidos por ellos mismos y la extensión de la instrucción laica á todas las escuelas.

La instrucción religiosa se dará aparte de las horas de clase.

TIJERETAZOS

Hablando del Sr. Moret y de sus temores para acometer las reformas prometidas con el actual Parlamento, le dice así, desde las columnas de «El Globo», *Un liberal del 81*:

«Ha llegado el Sr. Moret á la meta de sus merecimientos, á la cumbre de su fortuna; es jefe de partido; preside el consejo de ministros; tiene como fervientes y probados ministeriales á los próceres de su comunión política,

á Montero Ríos, á López Domínguez, á Vega de Armijo, á Canalejas; dispone de la confianza de la Corona; representa las aspiraciones de la Nación; dispone de una mayoría «valerosa», disciplinada y siempre inspirada en el patriotismo más acendrado; cuenta con el asentimiento de una minoría fuerte para cuanto sea mejora de la Administración y servicios públicos; nadie le empuja, nadie quiere derribarlo, y sin embargo...»

Un liberal del 81 dirá lo que guste; pero ni la labor de Montero persiguiendo en las elecciones á los amigos de Moret, ni el alboroto producido con motivo de la crisis última —ó sea la crisis sin crisis— pueden inspirar confianza á un hombre en cuyo daño se han esgrimido muchas armas.

El cree que su vida ministerial será corta con las actuales Cortes y se defiende procurando disolverlas.

Y como lo consiga y haga otras á su gusto y realice honradamente su programa, hay Moret para rato.

Los terremotos continúan á la orden del día. A un tiempo mismo se registran en varias partes, poniendo á los humanos carne de gallina.

Eso sí, los sabios discuten y aducen argumentos en pro de sus teorías.

Y en tanto el mundo sin cesar se mueve, amenazando nuestra triste vida.

No era esta agradable, que no hay vida feliz para quien vive condenado á la lenta pero constante sangría de los impuestos, cargas, contribuciones y demás desahogos de bolsillo; pero ahora, amenazados de ver surgir un cráter bajo nuestros pies ó una hendidura que nos trague...

Y menos mal que no cueste dinero por ahora el goce del fenómeno.

Si D. Amós cae en la cuenta de que se trata de espectáculos públicos, los grava, ¡vaya si los grava!

Y los reglamenta, y sirve á domicilio terremotos á tanto la unidad.

Antes hará eso que poner su apellido á un presupuesto.

Un presupuesto salvador de España no lo hará jamás.

Lo haría ahora si tuviera intención de realizarlo.

Y no lo hace por esas mil cosas que

sirven de pretexto á los que no quieren hacer.

O no saben.

EL TIMO DE «LA LIMOSNA»

Leemos en un periódico de Méjico:

«Este timo, que es de origen italiano y muy corriente en la República Argentina, es así denominado, porque en el supuesto reparto de una fuerte suma en limosnas, descansa toda la combinación.

Véase cómo se inicia y desarrolla el procedimiento más comúnmente seguido.

Puestos de acuerdo dos de los timadores, se dirigen á las estaciones de ferrocarriles, parques ú otros lugares céntricos, donde con frecuencia concurre bastante público, y especialmente forasteros.

Antes de proseguir, bueno es significar que, en el argot de esos criminales, se da el nombre de *maestro*, al timador que lleva la dirección de la trama urdida; el de *curda*, al que lo secunda, y el de *primo*, al que ha de resultar timado.

Con estos nombres, pues, seguirán siendo denominados en lo adelante para hacer más comprensible esta relación.

Una vez que han elegido á la presunta víctima, entra el *maestro* en campaña, siendo su primer objetivo entablarle conversación, para la cual agota su inventiva; y, tan pronto lo consigue, procura expresarlo hábilmente.

Si de este examen resulta que el *primo*, por su candidez ó ignorancia, es apropiado para el caso, hace el *maestro* una señal de antemano convenida, y entonces se les acerca el *curda*. Este refiere á ambos que es extranjero, que desconoce las calles de la población, y que desea le indique dónde queda la Casa de Beneficencia y otros asilos de igual índole; y, sin venir á cuento, y demostrando gran locuacidad les explica que viene á cumplir un legado hecho por un tío suyo, que lo nombró universal heredero, legado que consiste en el reparto de varios miles de pesos entre los

asilos benéficos y pobres de la capital.

El *maestro*, que ha aparentado prestar gran atención á las manifestaciones del *curda*, le hace multitud de preguntas, y conduce la conversación hasta el punto de que el *curda* muestra un paquete, donde se ven numerosos billetes de Banco, que, según él, contiene los miles de pesos destinados á limosnas.

Entonces el *maestro*, haciendo disimulados y expresivos guiños al *primo* habla largamente sobre la plaga de ladrones y estafadores que existen en las ciudades de importancia: califica de tamaña imprudencia la que comete el *curda* llevando consigo tan considerable suma, y enumera los contratiempos y dificultades que ha de experimentar, si pretende desempeñar por sí mismo su misión.

El *curda* aparenta impresionarse con tanta nota pesimista, y el *maestro* termina por ofrecerle sus servicios, como abogado que dice ser, y consta de las tarjetas que lleva en los bolsillos, invitándole á que dé también intervención en el reparto del dinero, al *primo*, á quien cínicamente asegura, conoce desde hace tiempo, como hombre adinerado y de honrada reputación.

Inmediatamente y sin dar tiempo á que el *primo* haga ninguna manifestación, propone al *curda* que el entregue en depósito el dinero aquél, para que se lo guarde hasta el día siguiente, en que se volverán á reunir y comenzarán el reparto de las limosnas; significando que, en pago del trabajo que se van á tomar, debe dárselos una comisión de un veinticinco por ciento.

El *curda* acepta la proposición en todas sus partes, mas en el momento de entregar el dinero, demuestra algún recelo y desconfianza, que el *maestro* con habilidad desvanece, haciéndose el ofendido y enseñando enfáticamente cuarenta ó cincuenta centenes, para probar que á él le sobra el dinero.

Seguidamente hace que el *primo*, para secundarle en su actitud, también exhiba el dinero que lleva; y cuando lo efectúa, sin esperar á que se le replique, se apodera de él, y juntándolo con sus centenes coloca ambas cantidades en un pañuelo: después

das tan bajas del alcano humano y tan profundas como la desilusión, y las son de difícil acceso. Pero cuando una vez el hombre ha subido al colmo de estos grandes misterios, debe respirar en un nuevo mundo. Los generales, los ministros, los artistas, se ven más ó menos atraído hacia la disolución, por la necesidad de oponer violentas distracciones á su existencia tan distante de la vida común. Después de todo la guerra es la disolución de la sangre, la política la de los intereses: todos los hombres son hermanos. Han monstruosidades sociales poseen la potencia de los abismos; nos atraen como santa á una limaza á Napoleón: producen vértigos, fascinan, y no saber por qué anhelamos llegar al fondo.

Acaso se encierra la idea de lo infinito en esos precipicios ó alguna teoría más agradable para el hombre, y entonces todo le interesa. En guerra es un ángel exterminador, un verdugo, pero un verdugo gigantesco. Para que constante con el patíbulo de seis horas estudiantas, con la delicia de la concepción, el artista fatigado pide, ya sea como Dios el reposo del domingo, ya como el diablo las veinticuatro horas del inferno; á fin de oponer el trabajo de los sentidos el trabajo de sus facultades. El decano de lord Byron, un poeta, el jefe de un ejército que construye las edificaciones de un acantilado. Como gran poeta quería jugar la Grecia contra Mahomad.

¿No se necesitan encantos extraordinarios para hacerlos aceptar esas atroces dolores enemigos de nuestra débil naturaleza que rodean las pasiones como un muro? Si se arrastra convulsivamente y sufre una especie de agonia después de abusar del tabaco, ¿no ha asistido el fumador á no sé qué regiones desconocidas, sumergiéndose en fiestas delicias? ¿No ha visito Europa á empezar la guerra sin tomarse el tiempo necesario para secar sus pies empapados de sangre hasta el tobillo? El hombre en masa tiene también un embriaguez como tiene la naturaleza sus accesos de amor.

Para el hombre privado, para el Mirabeau que vejeando en un reino apacible, aspira aún á tempestades, la disipación lo comprende todo. Es un perpetuo empuje de toda a vida, un duelo contra un poder desconocido, contra un monstruo. Al principio espanta el monstruo, no hay sino embestirlo de frente. Sobrevienen inauditas fatigas. Si la naturaleza os ha dado un estómago estrecho y raquítico, lo domais y lo dais más ensanche: aprendeis á resistir el vino, os familiarizais con la borrachera, os acostumbrais á pasar la noche en vela, adquirís un temperamento y una robustez como un coronel de coraceros, y os creais por segunda vez, pudiendo desafiár á Dios mismo.

maelado tarde á la vida del mundo: sin duda alguna mi fuerza hubiera sido peligrosa á no haberla amortiguado. ¿No se entró el universo de Alejandro por la copa de Hércules en el final de una orgía? En suma, ciertos destinos extraviados necesitan el cielo ó el infierno, la disipación ó el hospicio del monte de San Bernardo.

Hace poco ni aún tenía valor para moralizar á esas dos criaturas, —dijo mostrando á Eufrosia y Aquilina.— ¿No eran ellas mi historia personificada, una imagen de mi vida? Yo no podía amarlas porque ellas se me aparecían como juces.